



PVP A ISBN 978-84-9181-387-3 3403745

BIBLIOTECA DE AUTOR



Símbolo incuestionable de integridad moral y fuerza vital, Antígona es una de las figuras mitológicas más tratadas en la historia del pensamiento. A ella, escribía María Zambrano (1904-1991) en 1948, «no podemos dejar de oírla», pues «la tumba de Antígona es nuestra propia conciencia oscurecida». La pensadora nunca abandonó su interés por esta heroína, cuya trágica historia –narrada por Sófocles en la tragedia homónima– encierra numerosos asuntos que Zambrano trató con hondura a lo largo de su trayectoria intelectual: la estrecha línea fronteriza entre filosofía y literatura, el carácter social y político de la libertad, el uso y abuso del poder, el exilio o el protagonismo de lo femenino.

Introducción de
Marité Santiago Bolaños

Alianza editorial El libro de bolsillo

Zambrano

La tumba de Antígona



maría
Zambrano
la tumba
de antígona
alianza
editorial



Edipo

Ah, ¿entonces eres un dios?, más pareces un hombre
¿eres un hombre? ¿Eres tú, tú, el hombre?

EDIPO

Antígona, Antígona, niña...

ANTÍGONA

Niña... ¿entonces eres mi padre? Creí que eras un
dios.

EDIPO

No. No lo sé, soy Edipo.

ANTÍGONA

¿Se te ha borrado ya que eres mi padre? Pero me ves,
me ves, ¿sí? Ahora ya ves.

EDIPO

¡Sí, ahora ya veo. Y te veo a ti, aquí sola. Lo veo todo ahora y no sé nada. Veo y no sé. Empezó a verme a mí mismo.

ANTÍGONA

Ah padre, sí eres tú, te reconozco, siempre preocupado contigo mismo, viéndote a ti mismo solo, solamente. Tan solo que estuviste siempre, padre.

EDIPO

No; allá en Colonna y aun antes, en verdad desde que me quedé ciego y me cogiste de tu mano, no estuve solo. Tú me llevabas, y yo me dejaba conducir por ti. Entonces comencé a ver que no había hecho sino correr sin moverme del mismo sitio; que no me había movido ni un solo paso. Quise ascender, subir, trepar como la yedra. Una raíz que trepa, eso fui yo.

No me casé en verdad. Siempre me olvidaba de ella. Ella...

ANTÍGONA

Tengo también que escucharte esto, que me hables de ella, de ella. Ella, ¿no lo sabes? Era mi madre, y lo será siempre. ¿O es que me quieres dejar sola? Sola para que sólo sea tu hija. Porque eso sí. Siempre fue así. Me tratabas como si solamente fuera yo hija tuya. Sola, sí, me querías. Pero entonces sola de verdad, si yo me quedara sola de verdad, sería Antígona.

EDIPO

Pero es que ella...

ANTÍGONA

¡Sí; me hablabas siempre de ella, aunque no la nombraras. Ella, siempre ella. Pero ella no era mi madre. De mi madre, la mía, nunca me hablabas. Siempre era ella, la tuya, la tuya. De ella me hablabas siempre.

EDIPO

Eres cruel, Antígona, desde niña lo fuiste.

ANTÍGONA

Así es como me reconoces mi existencia; cuando dices que soy cruel, entonces me llamas Antígona. Pero es que sale de mí la verdad una vez más sin culpa mía. Ella, la verdad, se me adelanta. Y yo me la encuentro de vuelta, cayendo sobre mí. La verdad cae siempre sobre mí.

EDIPO

¡Sí, hija, tienes que cargar con ella.

ANTÍGONA

¿Con cuál, con cuál ella, con tu madre y la mía, con la verdad? La verdad para ti sigue siendo ella.

EDIPO

Con todas, Antígona, con las dos. Por eso estás aquí todavía. Ahora que ya veo, veo que únicamente contigo no me equivoqué...

ANTÍGONA

¿Cómo puedes decir eso? Hija soy del error. A solas estoy aquí bajo el peso del cielo y sin tierra. ¿Hasta

cuándo? No puedo vivir sin vida, ni puedo morir sin muerte. ¿Cómo me engendraste, dime, ya que has venido aquí? No sabes quién soy, no lo sabes. Y es el padre quien ha de decirnos quiénes somos. O quizá no, quizá sería el esposo, el esposo mío, quien me habría de decir quien soy. El que se queda solo, peor aún, la que sola, bajo el cielo y fuera de la tierra, como una sierpe, ésa, sí, tendría que tener un padre, un padre de verdad! O quizá un hermano, uno que le diera su nombre. Un hermano, y yo tengo dos...

EDIPO

Hija, no lo sé. Me haces desesperar de lo que nunca creí poder tener que desesperarme: de ti, mi única verdad, rosa a la luz más allá de la vergüenza. Eras tú mi cumplimiento, tú mi corona. Sin ti no tengo ni siquiera infierno. Porque tú naciste, sí, de mi pensamiento.

Tú eres mi razón.

Mira, hija, yo era sólo una nube, una nube blanda, cálida, llevada por el viento. Y tuve que ser hombre.

ANTÍGONA

Un error.

EDIPO

Siempre un error. De yerro en yerro toda mi vida fui, y también ahora en mi muerte. ¿Será todo errar en el hombre; ni una brizna de razón habrá en mí? Hija, yo te veía crecer y, casi sin saberlo, te esperaba para que tú cumplieras mi promesa, porque tú eras, eres, sí, mi promesa. Y si...

ANTÍGONA

Si... ¿Cómo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

EDIPO

Que eres tú, que tú eres mi palabra sin error. Tú el espejo donde un hombre puede mirarse, y no ella, aquella, la Quimera. Iba yo sin poder todavía andar, con esos pies blandos que nunca me sostuvieron. Sufría al andar con ellos sobre la tierra. Dura es la Tierra para el hombre recién nacido; de repente se encuentra entredado, en su raíz; despedido de la madre Tierra...

Tierra, Madre, ¿qué haces conmigo, con el hombre? Lo dejas salir, al aire habría de ser; pero no, lo retienes al mismo tiempo que lo expulsas, tú, su cueva, donde vivía sin ver envuelto en tus entrañas, sus raíces, en la oscuridad del paraíso primero, tu tintebla.

Un hombre, un hombre tuve que ser. Y yo era como un sueño. Yo era apenas el despertar de una luciérnaga, el parpadear de una llama, un poco de aliento, un palpitar de un corazón pálido. Yo no era casi nada. Era casi, era apenas, y tuve que ser eso: un hombre. Así era, y tú me hablas de la verdad, me dices la verdad. No ves que no había nacido y me obligaron a ser; acompañame Antígona, hija, no me dejes todavía. Conduceme, asísteme aunque ahora vea, no puedo quedarme solo.

ANTÍGONA

Ahora veo yo un poco también.

EDIPO

Así fue, y tuve que seguir como una nube de esas que se quedan olvidadas después de una tormenta, cuando

ya brilla el Sol, al que ofenden como una objeción a su victoria. Y no, no era eso. Era yo el olvidado, el dejado ahí sin acabar de ser, y sin ver apenas nada. Estaba yo hecho de olvido. Un hombre o un dios acaso. No sé. No me acuerdo...

ANTÍGONA

No te acuerdas siquiera de si ibas a ser sólo un hombre, o si un dios te dejó ahí, como su sombra.

EDIPO

No, ni siquiera ahora sé quién soy, quién iba a ser, si un hombre o un dios. Mi padre me abandonó. Y fue el pastor quien se compadeció de mí y cambió mi suerte, mi condena a muerte en condena a vivir abandonado. Y yo iba, como una nube suelta, olvidado de mi padre. Y así, dejado, ¿qué iba yo a hacer? Si hubiera sabido, no habría hecho nada, lo que se dice nada, antes de volver a mi casa, a encontrarme con mi padre. Eso, ahora, tan tarde ya, es cuando lo sé.

Porque no hay que hacer nada sin haber vuelto a la casa del padre.

ANTÍGONA

Pero yo, padre, yo que nunca me fui de tu casa...

EDIPO

Saliste de la casa, acompañándome como un cordero y me alegrabas en mi destierro, desterrada ya tan niña, y sin culpa alguna, tú.

ANTÍGONA

Y ahora me han dado tierra, aunque estoy enterrada. Esto es...

EDIPO

Oh, Antígona, tengo yo que decirte dónde estás, cuando es tan claro; todo esto es tan claro. Estás en el lugar donde se nace del todo. Todos venimos a ti, por eso. Ayúdame, hija, Antígona, no me dejes en el olvido errando. Ayúdame ahora que ya voy sabiendo, ayúdame, hija, a nacer.

ANTÍGONA

¿Cómo voy a poder yo? ¿Cómo voy a poder hacerlos nacer a todos? Pero sí, yo, yo sí estoy dispuesta. Por mí, sí, por mí, sí. A través de mí.

ANTÍGONA

Dos cosas, eso es lo que tú querías. Te llamo ahora por tu nombre, enredadora, razonante Harpía. Yete, que en mí no puedes entrar.

HARPIA

Sí. Ahí te dejo con tu vida y tu verdad.

ANTÍGONA

Sí, sí, sí. Yo creo. Seguiré viva entre los muertos hasta que el Amor y la Piedad, uno sólo, lo quiera.

Los hermanos

ANTÍGONA

La verdad, la verdad a solas. Todavía.

ETÉOCLES

La verdad, dices. Antígona, mientras ¿qué? ¿Cómo íbamos a saberla entonces? Si nos deteníamos a buscarla, entonces, ¿quién iba a gobernar, a poner orden, a vivir? Y teníamos que vivir. Si nos paramos a mirar las cosas como son, entonces se nos van de las manos.

POLINICES

Tal pienso, tal pensaba yo también: que las cosas se nos iban de las manos.

ANTÍGONA

Se os fueron de las manos.

ETÉOCLES Y POLINICES

¿Qué íbamos a hacer? Se nos iba la vida; nos iba la vida.

ANTÍGONA

¿Y ahora? ¿En qué vida estáis? Si queráis de verdad vivir, había que dejarla un instante, aunque fuera uno solo, a la verdad, a la verdad de la vida. Un poco de tiempo.

ETÉOCLES Y POLINICES

La vida no deja ese tiempo. Teníamos...

ANTÍGONA

Sí, tenéis que morir y que mataros. Los mortales tienen que matar, creen que no son hombres si no matan. Los inician así, primero con los animales y con el tiempo, y con ese grano de pureza que llevan dentro. Y en seguida con otros hombres. Siempre hay enemigos, patías, pretextos.

Crean que matando van a ser los Señores de la Muerte. El Rey, no lo es si no ha matado, si no mata, si no sigue matando. Y luego el Juez que no mata... pero él no, manda matar porque él está ya en el reino de la razón pura, la ley.

Y no basta. Hay que matarse por el poder, por el amor. Hay que matarse entre hermanos por amor, por el bien de todos. Por todo. Hay que matar, matarse en uno mismo y en otro. Suicidarse en otro y en sí con la esperanza de ser perdonado por tanto crimen, por tanta muerte expandida.

El Señor de la Muerte tiene que matarse al fin, si algo tiene dentro vivo en la esperanza del perdón.

Para eso hay tiempo, todo el que haga falta. Para vivir no hay tiempo.

POLINICES

Hermana, hermana mía, mi única hermana, ¿por qué nos dejaste? ¿Por qué no nos destruiste a tiempo? ¿Tú que sabías, tú que veías, tú, hija del Tiempo, hermana desde antes, desde siempre hermana, hermana...

Creo lo que dices, todo, creo en ti, en ti. Entenderte, no sé, no; aquí, en el corazón, sí te entiendo, pero no veo. Tus palabras, tu presencia, tu voz, me deslumbran.

ETÉOCLES

¿Crees que ella es solamente hermana tuya, y mía no?, yo que he venido aquí a buscarla, como tú, y me la quieres arrebatar como hiciste siempre. Ella, tu hermana, la tuya única hermana.

ANTÍGONA

¿No podéis querer alguna cosa sin dividirla queriendo llevarosla toda, sin dejarle nada al otro?

ETÉOCLES

Es él, él.

POLINICES

Eres tú, hiciste siempre lo mismo. Y por eso nunca pude entenderme contigo, cuando tanto lo quería.

ANTÍGONA

Y yo, sí, soy hermana vuestra, de los dos, como he probado.

ETÉOCLES

No, Antígona, eso no. Que tú estás aquí bajo tierra consumiéndote como hermana suya. Como hermana mía irías cubierta de gloria en el carro de mi victoria.

ANTÍGONA

¿Cuál victoria? No puede ser llamada con ese nombre la destrucción de la Patria, su caída. Y a no existe Tebas. ¿Lo sabes? Tebas es sólo la tierra suya, propiedad de él; el que os venció a los dos y a todos, sin ser por ello victorioso.

Sí, yo sé que todas las victorias se alzan sobre el llanto, y que la sangre, por mucho que sea su caudal, no ablanda los corazones de los vencedores. Vencedores solamente, pues que tan pocos son los victoriosos en las historias que nos cuentan.

La Victoria tiene alas, según la vemos. No han de ser hijos suyos quienes se las quitan, y la asientan sobre los cráneos de los muertos y sobre las cabezas de los vivos, y le ofrecen como exvoto un corazón de piedra, mientras el corazón de carne, ése que palpita como una mariposa, pierde sus alas y su voz y su palabra.

Todo se vuelve pesado bajo los vencedores; todo se convierte en culpa, en losa de sepulcro. Todos vienen a ser sepultados vivos, los que han seguido vivos, los que no se han vuelto, tal como ellos decretan, de piedra.

POLINICES

Pero nosotros teníamos que ganar.

ANTÍGONA

¿Por qué no hicisteis, si tan justa era, de vuestra ganancia una gloria?

Y de haber sido así, si la gloria resplandeciera sobre la ciudad, aunque yo estuviese aquí, sería diferente. Yo estaría aquí caída al pie de mis hermanos más altos que yo, erguidos sobre su muerte.

Como aquella violeta que se me cayó de las manos una tarde que cogía flores; la violeta se escurrió nada más cortarla y se quedó tendida al pie de sus hermanas. La dejé allí, y me la quedé mirando, sintiendo, comprendiendo, pues que es en esas cosas en las que yo he estudiado. Y me supe yo así, pero no me dejan mis hermanos sin gloria, caídos al pie de nada. Y más infortunados que yo, errantes sin centro adonde encaminarse.

¡Oh, Muerte, no vengas todavía, hasta que no se pacifiquen, hasta que yo sepa dónde llevarlos, si es que no vamos al mismo sitio!

Sí, yo soy vuestra hermana. Pero vosotros dos ¿sois hermanos míos?

¿Sois hermanos de alguien? ¿Le habéis permitido a la hermandad que inunde vuestro pecho deshaciendo el rencor, lavando la muerte, esa que ahora tenéis, y que cuando llegue la otra, venga limpia, de acuerdo con la ley de los dioses?

ETÉOCLES Y POLINICES

Es que, Antígona, todo viene de nuestro Padre. Nuestro Padre...

ETÉOCLES

Él nos maldijo. Acuérdate.

POLINICES

Malditos del Padre. Cuando no hacía falta; lo estábamos ya de nacimiento.

ETÉOCLES

Y por eso, todo lo que nos ha pasado ha sido a causa de nuestro Padre, de él, y nada más que de él.

ANTÍGONA

En eso no os equivocáis, pues que sin padre no hubiésemos nacido.

ETÉOCLES

Mas pudo ser él de otra manera; no haberse equivocado tanto, no haber caído tanto, no haber sido tan ciego.

ANTÍGONA

Y si no se equivoca, si no se ciega, no seríamos hijos de su madre. No seríamos. Queréis el poder, el trono que os venía de él, de ella, ése sí lo quisisteis; el poder sí, mientras que del ser renegáis.

POLINICES

El ser estaba maldito.

ANTÍGONA

¿Y el poder no lo estaba, no lo está?

ETÉOCLES

El poder es siempre necesario, debe de haberlo. Y este poder era mío, me correspondía de hecho y de derecho.

POLINICES

¿Tuyo sólo? ¿Y yo? ¿Ves, Antígona, lo ves? Me desposeyó desde el principio. El poder era todo para él.

ETÉOCLES

Tú siempre mirabas hacia afuera, por encima de las fronteras de la patria. Los muros de la casa te oprimían.

Criticabas, juzgabas los actos de nuestro padre, el Rey. Tenías pensamientos encerrados en tu frente; pensabas. Se te veía. Tenías ideas. Ideas que nacían y crecían dentro de tu pecho. Andabas siempre pensando. No lo niegues. Mientras que yo no. Yo no pensaba. Yo era el orden, el de nuestro padre, el de su trono. Yo era la Patria. Yo, la Patria...

POLINICES

Tú eras la Patria. Pero, ¿la Patria no estaba devastada? ¿No había peste en la ciudad, no se hacían invocaciones a los dioses inútilmente? Todo era vano, las ofrendas, los sacrificios y el agua que había de purificarnos estaba maldita también. Maldito el aire, la tierra, el fuego, los dioses.

ETÉOCLES

No te permitiré...

ANTÍGONA

No. Ahora ya no. Ahora a él, como a ti, como a mí, nada nos está permitido. Ya nada tenemos que hacer que no sea mirar, mirarnos, mirarlo todo. Yo no me acuerdo de nada, no me hace falta, porque todo, lo que se dice todo, aquello que viví y lo que pude vivir también, todas mis vidas, están presentes ante mis ojos.

ETÉOCLES Y POLINICES

Pero hay que hacer algo. Tenemos que hacer algo para salir de aquí.

POLINICES

Salir, salir de aquí. Pero yo vine para entrar y quedarme aquí hasta llevármela a ella, a la hermana mía. Sin ella no puedo irme. Vine para llevármela conmigo. Cállate, Etéocles, que tú no sabes de eso. Vine para llevármela de esta tierra maldita y por eso pelecé, y ahora, muerto, es así con mayor fuerza de razón.

Vengo a buscarte, vine a buscarte, Antígona hermana, para irnos a una tierra nueva, libre de maldición; a una tierra fragante como tú, para empezar la vida de nuevo. Ojalá nos hubiésemos ido los dos cuando éramos todavía niños, cuando no había pasado todavía nada. Antes de que hubiera caído sobre nosotros la ceguera de nuestro padre, la locura de nuestra madre. Ella ¿desde cuándo se había vuelto loca? Y él, ya antes de cegarse estaba sordo. Era así. El padre sordo, la madre enloquecida hablando sola por las galerías, por los patios, por los rincones, delirando. Aparecía por todas las puertas, en

ningún lugar, a ninguna hora del día o de la noche estábamos seguros de no verla aparecer. Llena de cólera por nada, o desfalleciente pidiendo auxilio sin dirigirse siquiera a uno. Pedía auxilio como si nadie hubiera, como si estuviese sola, aunque bien sabía que uno, yo, el más perseguido por ella, estaba allí. Y hasta allí había llegado buscándome. Pero no se dirigía a mí. Pregonaba sus quejas como los oradores del pueblo en la plaza pública. Hacía de todo pública protesta. Y protestaba sin haber sacrificado a los dioses del cielo, y sin haber invocado siquiera a los dioses de la sangre. Pero yo no recuerdo que en nuestra casa, en el palacio del Rey, sacrificase nadie a los dioses, hasta que llegó la peste.

ANTÍGONA

No se podía ya sacrificar. Los dioses no se satisfacen con sacrificios, en algunas ocasiones. Los sacrificios no bastan a la hora de la verdad, cuando ha de lucir la verdad.

ETÉOCLES Y POLINICES

La verdad...

POLINICES

La verdad no es una diosa.

ANTÍGONA

La verdad es a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. Es el don de su abandono. Una luz que está por encima y más allá, y que al caer sobre nosotros, los mortales, nos hiere. Y nos marca para siem-

pre. Aquellos sobre quienes cae la verdad son como el sello de su amo.

ETÉOCLES

Oh, Antígona, siempre con esos discursos. Mejor habría sido que, como en otros tiempos, se hubieran contentado los dioses con el sacrificio y que todo hubiera permanecido oculto. Mejor habría sido sacrificar a media ciudad, con todos sus habitantes. Yo mismo lo hubiese hecho; sí, yo mismo: para que todo siguiera en orden y que la verdad no se diera a conocer.

Y yo digo que nuestro padre fue débil; que faltó, pues que de haber ofrecido el sacrificio que digo yo, todo estaría como estaba, en orden y sin verdad.

POLINICES

¿Ves ahora, hermana, cómo la única salida era, es la mía? ¿Por qué no nos fuimos nosotros dos? A éste le dejábamos con el poder, con el que tú y yo no tenemos que ver nada. Ya que el orden que él dice, con el orden de verdad no tiene que ver nada. Se trata solamente de que no salten ciertas verdades. Y a ella, a Ismene, le habría quedado el amor, el amor de mujer. Y tú y yo hermana y hermanos del todo y para siempre.

ANTÍGONA

Polinices, hermano, fuiste tú el que se fue, me dejaste sola, sola, sí.

POLINICES

Porque tú no querías dejarlos solos. Te respeté. Como él, tu novio; tampoco él te llevó consigo. No te casaste...

ANTÍGONA
Sí, yo tenía que quedarme.

ETÉOCLES

Ella tenía que quedarse para saber. Era todo lo que quería: saber.

ANTÍGONA

¿A qué llamas tú saber? Dices saber como si fuera posible no saber. Yo no elegí, sabedlo: no elegí.

Dices «saber» como si no costara nada. Ese saber que no busqué se paga. Cada gota de esa luz, de ésta que venís a beber ahora ya muertos, cuesta sangre. A mí también me la llevaron, la sangre. Mi sangre fue, todavía más que la vuestra, sacrificada: a ese poco de saber, a esa brizna de luz.

POLINICES

Antígona, yo no te he dicho nada de eso. Siempre contestas a él. A mí no me has contestado. Yo quería, quise sacarte de allí para irnos a otra tierra: a una tierra virgen y fundar la ciudad nueva, los dos.

No me respondes, hermana. He venido ahora a buscar. Ahora, no tardarás ya mucho en salir de aquí. Porque aquí no puedes quedarte. Esto no es tu casa, es sólo la tumba donde te han arrojado viva. Y viva no puedes seguir aquí; vendrás ya libre, mírame, mírame, a esta vida en la que yo estoy. Y ahora, sí, en una tierra nunca vista por nadie, fundaremos la ciudad de los hermanos, la ciudad nueva, donde no habrá ni hijos ni padres y los hermanos vendrán a reunirse con noso-

tros. Nos olvidaremos allí de esta tierra donde siempre hay alguien que manda desde antes, sin saber. Allí acabaremos de nacer, nos dejarán nacer del todo. Yo siempre supe de esa tierra. No la soñé, estuve en ella, moraba en ella contigo, cuando se creía ése que yo estaba pensando.

En ella no hay sacrificio, y el amor, hermana, no está cercado por la muerte.

Allí el amor no hay que hacerlo, porque se vive en él.

No hay más que amor.

Nadie nace allí, es verdad, como aquí, de este modo.

Allí van los ya nacidos, los salvados del nacimiento y de la muerte. Y ni siquiera hay un Sol; la claridad es perenne. Y las plantas están despiertas; no en su sueño como están aquí; se sienten lo que sienten. Y uno piensa, sin darse cuenta, sin ir de una cosa a otra, de un pensamiento a otro. Todo pasa dentro de un corazón sin tinieblas. Hay claridad porque ninguna luz deslumbra ni acuchilla, como aquí, como ahí fuera.

ETÉOCLES

Si era eso lo que llevabas en tu frente, ¿por qué te castaste, di? Y ¿por qué volviste a la ciudad vieja a disputarme el gobierno, mi gobierno? ¿Y tu esposa?

POLINICES

Es que yo también me equivoqué, hijo de mi padre al fin. Volví a causa de Antígona, ella estaba en la ciudad vieja del Padre. Ella, la hermana, hermana entre todas, me llamaba. Todas las noches en el entresueño oía su voz, su voz me llamaba: «Polinices, Polinices». Y en-

tonces, eso sólo bastaba, oír mi nombre en la voz de mi hermana, para que todo lo que me rodeaba se me borrase. Ella me llamaba por mi nombre de verdad. Y con ella al lado, si tú me hubieras dejado entrar, en la ciudad vieja, aquí en la tierra, aquí en nuestra tierra, hubiéramos edificado la ciudad nueva: la de los hermanos.

ETÉOCLES

Pero tenías que haber contado conmigo, o ¿es que yo acaso no soy vuestro hermano? Y con la otra, también.

ANTÍGONA

¿La otra?

ETÉOCLES

Ísmene, tu hermana, nuestra hermana. Ella es la única que no está aquí. ¿Por qué no viene?

ANTÍGONA

Ella es la única de nosotros que tendrá su propia vida. Y, por lo demás, ella está siempre conmigo; irá conmigo donde yo vaya.